

La ciudad celestial

Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Apocalipsis 21:4

Jaspe, zafiro, ágata, esmeralda, ónice, cornalina, crisólito, berilo, topacio, crisoprasa, jacinto, amatista...

Imagina una ciudad cuyos cimientos están decorados con estas piedras preciosas, una ciudad de oro puro, semejante a cristal pulido, una ciudad con murallas de jaspe. Sus puertas son de perlas; cada puerta es una perla. Por el centro de la calle principal corre un río de agua cristalina. A cada lado del río está un árbol que produce doce cosechas al año.

La ciudad es cuadrada; mide lo mismo de largo que de ancho. La longitud, la anchura y la altura son de dos mil doscientos kilómetros y la muralla es de sesenta y cinco metros.

Sí, hay una ciudad con tal belleza. Es la santa ciudad de Dios, la nueva Jerusalén.

En la santa ciudad no hay templo, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo.

No hay necesidad de sol ni luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina. Las puertas de la ciudad no se cierran, pues allí no hay noche.

La nueva Jerusalén

Un día muy pronto la santa ciudad, la nueva Jerusalén, bajará del cielo preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido.

Ya no habrá maldición. No habrá maldad; no habrá temor; no habrá angustia.

¡Esa ciudad es nuestro hogar celestial!

En la santa ciudad no habrá más lágrimas; no habrá muerte; no habrá llanto ni dolor... Todo será puro y perfecto.

No entrarán en la ciudad cobardes, incrédulos, abominables, asesinos; no entrarán allí los que cometen inmoralidades sexuales, los que practican artes mágicas, los ídólatras... en la santa ciudad no habrá mentirosos.

Esta bella ciudad resplandece con la gloria de Dios; brilla como una piedra preciosa, semejante a jaspe transparente.



Pero todo esto es secundario, comparado con la gloria de nuestro Salvador. Aunque llama la atención toda la belleza de la santa ciudad, esto palidece en comparación con la gloria del Rey de reyes y Señor de señores.

El hogar que nos espera no es una fantasía; no es imaginación. Jesús ha prometido prepararnos lugar en la casa de su Padre, la casa de nuestro Padre, en esa gloriosa ciudad.

Jesús viene pronto

Escogí finalizar los temas del *Año del Hogar* con una nota de culminación. El propósito de lo que hacemos aquí en la tierra es prepararnos para la eternidad. La vida es como un soplo. **Venimos... vivimos... nos vamos.**

En el último capítulo de la Biblia, Apocalipsis 22, Jesús declara tres veces: «¡Miren que vengo pronto!»

En su discurso de despedida a sus discípulos Él prometió: «Vendré otra vez» (Juan 14:3). Esa es la gloriosa esperanza del cristiano. Pero hay que estar preparado.

Cuando mi madre era joven, no llevaba una vida agradable ante Dios. Cada noche, antes de dormir, oraba: «Señor, por favor, no vengas esta noche.» Llegó el día cuando ya no tuvo que hacer esa oración, porque obedeció al llamado de Dios.

Mi madre no quería ser misionera. Gracias a que ella por fin decidió obedecer a Dios, y juntamente con mi padre fueron misioneros, yo estoy en la obra de Dios, y se puede decir que porque ella obedeció, yo he obedecido y este *Año del Hogar* ha sido un eslabón en la cadena.

